

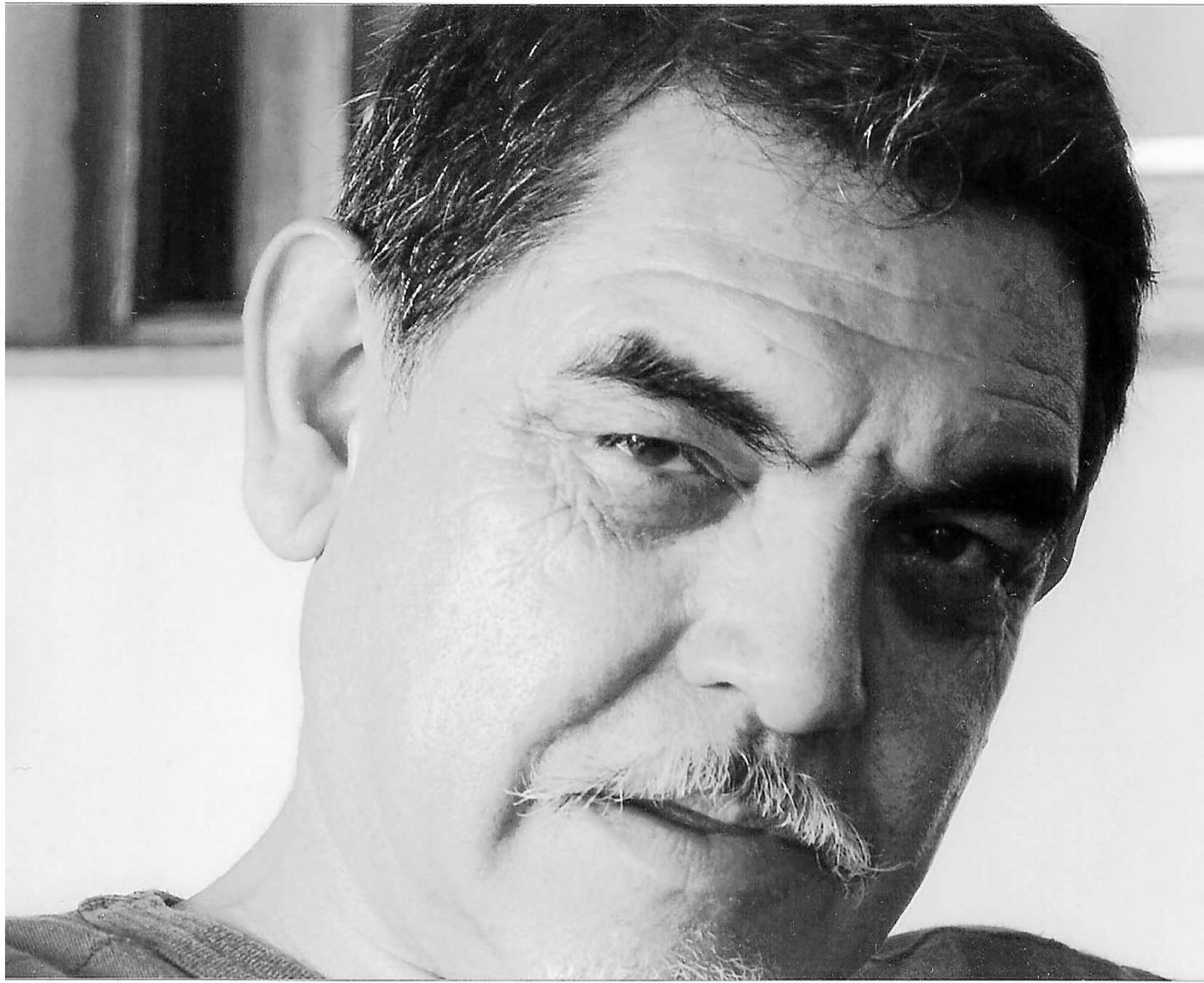
JOSÉ SÁNCHEZ LECUNA

Una fría tarde de diciembre del año 2011 conocí, en la librería PequodLlibres del barrio de Gràcia, en Barcelona, Catalunya, al escritor argentino Antonio Tello (nacido en Villa Dolores en 1945). Él estaba presentando un libro y la inteligencia de sus reflexiones así como la soltura con la que hablaba me llamaron la atención. Al finalizar su presentación entablé con él una amena conversación. Escritor del exilio, Tello había publicado, con la Editorial Candaya, una recopilación de cuentos escritos entre 1968 y 2009: *El mal de Q.*

Apenas iniciar mi lectura fui testigo de la desolación de un paisaje conformado por imágenes y palabras que me agobiaron y asombraron. Los personajes, hastiados por una cotidianidad vacía y rutinaria, anhelan, luchan, buscan en vano, encuentran lo que no hay que encontrar o no hacen nada sino observar y ser observados. Perdido el rumbo, caídos víctimas de la gran trampa del mundo se asemejan a los personajes kafkianos. Los de Tello son, más bien campesinos, resentidos, prisioneros, perseguidos y gauchos que habitan la pampa, la provincia y hasta un moribundo que cae de bruces frente a la estatua de Frederic Soler en Barcelona. Sus personajes también son guerreros del pasado o constructores de catedrales, de utopías, encerrados en una inmensa realidad que los encarcela y donde no hay horizontes, sólo un vacío exasperante, una espera inútil. Y acá recuerdo las palabras de Shakespeare: "El destino es el que baraja las cartas, pero nosotros somos los que jugamos"... y tengo ganas de agregar: "y nosotros somos los eternos perdedores".

Los personajes de Tello parecen desechos, acaso las ruinas del antiguo monumento del ser, llevados por las corrientes de un sinsentido que los moldea, hallándose en ninguna parte. Tal vez el sueño, las ganas de volar o huir de la dura realidad, los libere por un rato, a la espera de una redención que nunca sucederá. "Supe que mi tiempo había acabado. Que quizás lo agoté el día, cuarenta años atrás, en que sucumbí al horror y profané las leyes de la vida. Igualmente supliqué. Incapaz de comprender mi destino,

# Los eternos



# perdedores

continúo suplicando" ("La agonía del ángel").

Personajes sin patria, sin terruño, en busca de una identidad que los defina, caen en la trampa de la única realidad que los envuelve como una niebla espesa: la del lenguaje. Este los confunde y los aísla, conformando un espacio ilusorio que se vuelve ininteligible para ellos, perdiendo el sentido de su realidad. Antonio Tello, con su dominio del tiempo de la narración, crea

una estética propia, un universo propio. Con maestría sus palabras llevan a los personajes hacia dimensiones desconocidas donde luchan para no ahogarse, para no perderse, para no extraviarse, y cuyas vidas culminan en la nada o en el anhelo frustrado. Tello escribe sus cuentos "como una interrogación sobre el sentido del ser del hombre a través de personajes imaginarios y de sus historias, en la época de la "pérdida del carácter mila-

gros del mundo" ("Kvetoslav Chvatik").

Estos confrontan la cruda e irreversible realidad de la soledad, como agonía, como misterio, como pasión y, sobre todo, como violencia. "Miró al otro, sofocado, con rabia y sintió que la estrechez de esa jaula no contendría la violencia ancestral de la especie" ("La jaula"). El otro es el peligro, el otro es el que limita, encarcela, reprime, poniendo en evidencia

la violencia arquetípica inherente al ser humano. El mundo es una cárcel donde sus personajes se convierten en meras voces del olvido, del miedo y del desamparo, personajes que forcejean entre el sueño y la vigilia, entre la vida y la muerte, entre el destierro y la patria, entre memoria y olvido. "Sin embargo, al recuerdo de mi patria lo ha devorado la añoranza y un infame error me asusta en el exilio" ("Nocturno").

Con los cuentos de Tello puedo afirmar que no hay despertar de la conciencia, sólo un transitar por la confusión, por las innegables necesidades de destrucción, por la pérdida de la identidad al confundir realidad con ficción, quedando la muerte como única salida. Muerte omnipresente, al acecho entre la pesadilla y la conciencia de las que están presos sus personajes, llevados como un barco abandonado, a la deriva, por las corrientes caóticas de la existencia y de su propio inconsciente.

Estos personajes, yendo a tientas por el estrecho filo de la verdad y de la mentira, ponen en evidencia la verosimilitud de la ilusión, que podría ser sólo una mera pesadilla recurrente y obsesiva. Como su sutil e inteligente referencia a un libro de Adolfo Bioy Casares. "Morel sonrió, tal vez pensando que era posible que todo fuese una invención de alguien, de Dios, o de él mismo" ("La reinención de Morel").

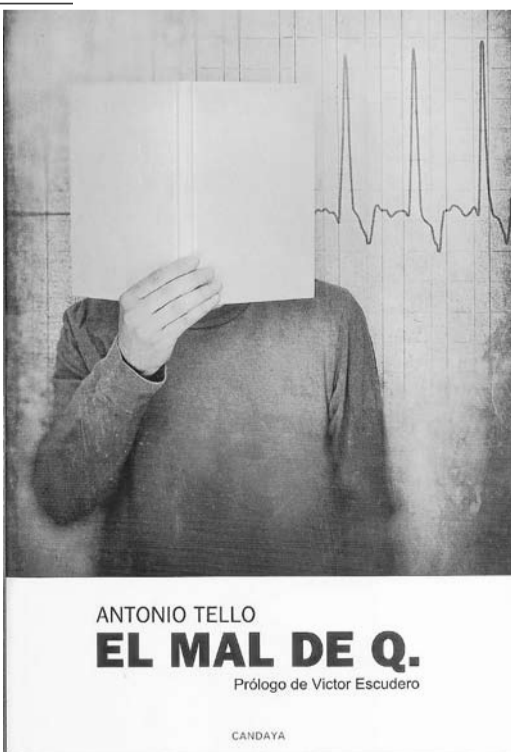
Con un envidiable dominio del lenguaje, con la maestría y la conciencia del que sabe de pérdidas definitivas, del que domina su propia prosa poética, con un idóneo uso del moldeable y flexible universo lingüístico en el que las imágenes y las metáforas contienen el sentido oculto del enigma semántico, el verbo de Tello fluye como la hoja de un árbol llevada armónicamente por los vientos de las intermitencias de su imaginación. Tello me deleitó con sus cuentos, convirtiéndome en partícipe de sus tramas. Al volverme cómplice de su juego narrativo ingresé en un mundo ilusorio, y a la vez tan real, de un laberinto de imágenes y espejismos en el que quedé preso, como sus personajes, y del que no hay salida. Sus cuentos fueron para mí una telaraña que me atrapó en sus redes como si yo fuera un insecto desprevenido. Su realidad, inventada o reinventada, parece definitivamente salir de aquella "unánime noche" borgiana, para culminar, como las olas del mar en las playas del Mediterráneo, "en la oscuridad", una oscuridad que acecha. "Buscó en sus ojos y supo que todo él era el mapa y las cifras que revelaban los secretos lugares donde yacen, desnudos de nombres, los huesos de los condenados al olvido" (El último jaguar). ♣

## El mal de Q. (fragmento)

ANTONIO TELLO

Q. tenía una obsesión. Ser un hombre de orden. Deseaba vivir en armonía con la realidad y para este fin acomodó sus hábitos a una estricta rutina. Pero ni aún así pudo evitar que lo imprevisible cambiara para siempre el curso de su vida.

Como cada día, Q. miró su reloj, constató que eran las 17,45 y comenzó a guardarlos útiles y papeles de su mesa. Dio un último repaso a los datos que aparecían en la pantalla de su ordenador, confirmó la cita de un paciente con su médico de cabecera, autorizó las medicinas mensuales de un enfermo crónico y apagó la máquina. Eran las 17,55. A su alrededor ya no quedaban nadie sentado ante las pantallas. Se levantó de su silla,



ANTONIO TELLO  
**EL MAL DE Q.**  
Prólogo de Victor Escudero  
CANDAYA

**EL MAL DE Q.**  
Antonio Tello  
Editorial Candaya  
BARCELONA, 2009

fue a los aseos, se lavó las manos y, justo a las 18, Q. fichó su tarjeta horaria. Sus jefes lo consideraban un maniático de la puntualidad. Pero él se tenía sólo por respetuoso del orden. Para él, el orden era el hábitat natural del hombre civilizado.

A partir de las seis de la tarde y hasta la mañana siguiente en que volviera a la disciplina de su trabajo, así como los fines de semana u otros días festivos, Q. sometía sus hábitos a una rigurosa rutina para que ninguno de sus actos pudiera alterar el orden de la realidad. Hasta el mínimo de sus gestos estaba previsto. Incluso desde que cierta mañana, hacía ya varios años, constató que los sueños podían causar ciertas perturbaciones en su habitual comportamiento se propuso evitarlos. Fue con este propósito que empezó a leer durante casi toda la noche

a fin de dormir el tiempo justo para no soñar o al menos para no recordar el sueño.

Q. tampoco quiso correr riesgos con la lectura y prefirió que las narraciones respondieran a un orden lógico de tiempo y espacio y que sus argumentos y tramas estuvieran sujetas a la realidad. Para que todo estuviese bajo control calculó también el tiempo de lectura por página y el número de éstas que podía consumir por noche. Con estos datos también precisó la cantidad de libros que, según su tamaño, necesitaba por semana y la suma de la nueva partida que debía incluir en su presupuesto mensual. Estudió su sueldo y los gastos de comida, ropa, alquiler y mantenimiento de la vivienda, hizo los ajustes correspondientes y concluyó que disponía del 85 por ciento del dinero para la compra de los libros. Para obtener la diferencia, Q. abrió una cuenta en la sección de librería de los grandes almacenes y obtuvo el beneficio de un descuento. Asimismo, se aseguró la venta

semanal de sus novelas leídas durante la noche en una librería de libros usados.

El día en que Q. cumplió treinta y cinco años, también cumplió quince de antigüedad en el departamento de la Seguridad Social donde trabajaba y diez de lecturas nocturnas. Sus "aventuras controladas", como él las llamaba. Ningún sobresalto lo había alterado en todo este tiempo. Ni siquiera un mero resfriado. El día de su cumpleaños Q. no modificó su rutina y al salir de la oficina, como todos los miércoles, fue a la librería de los grandes almacenes. Se dirigió directamente a la mesa de novedades, donde ninguno de los títulos que se exponía era el mismo de la semana anterior. Con gestos mecánicos comenzó a elegir los libros. Prefería las novelas de doscientas cincuenta páginas, la cantidad que leía por noche. No le gustaba dejar inconcluso o a medio empezar un libro, pues eso le causaba una incómoda desazón durante todo el día y hasta le impedía comer con la tranquilidad de

costumbre. Pero como los autores, cuyos nombres no le interesaban en absoluto, todavía no habían conseguido ajustar sus historias a un número de páginas predeterminado, se veía obligado a comprar un número variable de libros según su volumen. Pero ese día Q. tuvo la suerte de encontrar siete novelas de doscientas cincuenta páginas. Hacía muchos años que eso no le sucedía. En concreto hacía cinco años, cuatro meses y diez días, según confirmó más tarde al consultar el diario que llevaba en su ordenador particular. Porque Q. lo registraba todo en su base de datos personales. No era un diario donde anotara sus impresiones, pues las consideraba distracciones de la realidad, sino hechos, datos reales. Q. sintió una especie de cosquilleo. Algo muy parecido a un gozo interior que enseguida sometió a su disciplina emotiva. No obstante, quizás por una sonrisa que se le pudo escapar, llamó la atención de otro cliente. (Continúa.) ♣

IBSEN MARTÍNEZ

A los cincuenta y siete años de edad y sin poder reconocer el "la" en un pentagrama, Kiko Malanga emprendió el estudio del vibráfono. Esa decisión atrajo sobre él y su patético denuedo todas las burlas de la Zona del Canal.

Me pareció entonces, sin embargo, que aunque hubiesen transcurrido casi cuarenta años de haber recibido el consejo de don Agustín Lara —"aléjate de toda esta gente y ponte a estudiar música"—; aunque, escolarmente hablando, estuviese partiendo de cero; aunque su oficio de payaso destajista apenas alcanzase para pagar las lecciones, estudiar música era lo mejor que Kiko podía hacer con su vida.

En aquel tiempo yo aún creía que no existen vocaciones demasiado tardías, que en el mundo hay sitio para quienes florecen tarde, que en la vida puede haber segundos y hasta terceros actos con epílogo; creía en fin, que un regreso a la carpa antes del telón final sería no sólo algo justificativo y bello —bello por justificativo— con lo que Kiko honraría al fin sus dones musicales, sino, también, que ese regreso era todavía posible. Al recordar todo esto siento la misma piedad universal que me embargó al verlo en "Distinto Amanecer", en la filmoteca trasnochadora de Paco Chapman. Y veo claramente mi empeño en impulsar el retorno de Kiko a su carrera de estrella del mambo como algo no sólo fútil sino frívolo.

Poco tiempo después de que Chapman me contase la "Leyenda del Esquinazo" mientras mirábamos a Kiko cortar yuca en el mercado de Quinta Crespo, vino a Caracas una banda portorriqueña, la "Sonora Ponceña", para presentarse en un festival de salsa.

Acababa de llegar a mi oficina, temprano en la mañana, cuando Chapman telefonó desde su habitáculo: la Sonora estaba ya en el estudio gigante, donde grabaría unos cuantos temas para el programa maratónico de los sábados. Esto ocurría a fines de 1977. Lo recuerdo bien porque por entonces yo estaba obligado a estar atento a los sucesos del "otoño alemán".

Otra banda, una banda de terroristas alemanes, llamada "banda Baader-Meinhof", había secuestrado en Colonia a un acaudalado empresario con antecedentes nazis. Los terroristas amenazaban con asesinarlo si sus camaradas, presos en una cárcel de máxima seguridad, no eran liberados en masa y en un plazo breve y terminante. Para dar fuerza a sus exigencias, la banda logró comprometer a un comando del Frente de Liberación Palestina en el secuestro de un vuelo comercial de Lufthansa.

El Boeing 737, repleto de turistas, había despegado de Palma de Mallorca con destino a Frankfurt del Meno pero fue desviado a Roma. En el curso de una semana los terroristas palestinos se hicieron llevar a Lárnaca (en Chipre), luego a Manama (que está en Bahrein, un emirato del Golfo Pérsico), después saltaron a Dubai (en la misma vecindad) y de allí volaron a Adén (que es puerto de mar en el Océano Índico). El capitán de la nave había sido ajusticiado casi al comenzar la odisea, así que el copiloto debió ponerse al mando durante todo el itinerario restante. Aquella mañana, rehenes y captores habían amanecido en Mogadiscio (donde el diablo perdió el chaquetón). Para cuando bajé al estudio 12, el avión llevaba horas rodeado de tropas somalíes y comandos

# Simpatía

## por King Kong, un fragmento



Editado por Planeta, *Simpatía por King Kong* es la reciente novela de Ibsen Martínez, que fue presentada durante el Festival de Lectura de Chacao. La historia del libro está inspirada en la vida del músico Kiko Mendive



**SIMPATÍA POR KING KONG**  
Ibsen Martínez  
Editorial Planeta  
CARACAS, 2013

alemanes al acecho de una oportunidad para subir a bordo. Se sospechaba que Carlos "El Chacal" pudiese estar al frente del secuestro.

Mi tarea era escribir y producir un videoclip retrospectivo de su carrera como terrorista internacional para el caso de que Carlos resultase ser el jefe de los aeropiratas. Un soterrado y torcido orgullo nacional animaba el interés del público por las andanzas de Carlos y Sotolongo quiso darle gusto. El clip iba a titularse "Nuestro Carlos".

—Si Carlos está en ese avión los alemanes se lo van a tirar en caldo de ñame-sentencia Chapman cuando me reuní con él en el estudio 12. Esta es la primera vez que lo tienen a tiro después de lo de Munich. Hasta aquí lo trajo el río, caballo. Se le acabó el pote de humo; ahora sí que se jodió.

Sin embargo, algo me decía que Carlos no estaba a bordo del Boeing de Lufthansa y crucé una apuesta con Chapman: una botella de Johnny Walker etiqueta negra si resultase que El Chacal no dirigía el secuestro. Justo al momento de cruzar la apuesta vimos a Kiko

entrar en el estudio. Pequeñajo, dicharacho, con sus andares de sabrosón a la vez tímido y excéntrico, sus tejanos raídos, suchalequillo "punzó", los técnicos se alegraban siempre al verlo y él se movía entre ellos como lo haría la mascota de los bomberos. Chapman lo invitó a sentarse con nosotros.

Yo no había vuelto a verlo desde el día en que me cedió el arreglo que Pérez Prado hizo de SPKK sin darme tiempo a ofrecer excusas por haberlo ofendido y poniendo en duda su malhadada alianza con el Rey del Mambo en 1947. No sabía en ese momento cómo saludarlo y volvía a sentirme tan desalmado como cuando el encuentro en el café de la televisora, pero Kiko se acercó a nosotros risueño y leve como siempre y me saludó con no fingida efusividad y toda su dentadura de caballo al descubierto. Se acuclilló junto a una cámara en desuso, en la misma posición que adoptaba en el mercado para limpiar yuca con un cuchillito verdulero antes de meterla en un costal. Entonces la Sonora Ponceña atacó el primer número. Recuerdo que tocaron

"Hachero pa' un palo".

Ahora bien, las orquestas de salsa de los años setenta eran, entre otras varias cosas, metamorfosis de las grandes bandas de mambo neoyorquinas de los cuarenta y cincuenta del siglo pasado. Su espacio natural eran espacios salones de baile, como lo fue el "Palladium Ball Room" de la calle 48, o el "Red Garter", ya en los sesenta, o el "Cheetah", en los setenta de mi relato.

Una gran banda salsera está hecha para la noche y un gran coso de baile. Sentarse a las diez de la mañana, entre los bastidores del refrigerador estudio 12, donde los músicos de la Sonora Ponceña triplicaban en número a los camarógrafos y técnicos de sonido, era asistir a una experiencia controlada por la necesidad de limitar el tiempo de grabación. Aún así, el sonido big band de la Sonora, los prodigiosos solos de piano de Pappo Lucca, las armonías jazzísticas, la voz del sonero, nos sofocó a todos por igual, quitándonos el habla.

Me sorprendió ver a Kiko allí porque sabía de su clasicista menosprecio por la salsa. Kiko compartía, sin saberlo, la

misma opinión que Guillermo Cabrera Infante vertió en el prólogo a *Cuba y sus sonos*, del gran Natalio Galán: "[la salsa]: esa música cubana en el exilio que hacen puertorriqueños y cubanos en la tercera isla de Manhattan, *orbistertius*, y que a los ajenos suena a nueva y a los cubanos todos nos parece un *eco in lontano*..."

Mientras escuchábamos los cinco o seis números que grabó la Sonora Ponceña aquella mañana, un pelotón de soldados somalíes llevó sigilosamente la carcasa de un viejo montacargas y muchas cajas de embalador hasta un promontorio muy a la vista de los pilotos del 737 de Lufthansa aparcado en la pista de Mogadiscio. Rociaron todo con combustible de aviación y encendieron un gran fuego. También recibieron órdenes de hacer estallar varias granadas de humo. Alarmados, los cuatro terroristas a bordo —dos mujeres y dos hombres— se apelotonaron en la cabina de mando, tratando de discernir de qué se trataba, discutiendo acaloradamente cuál debía ser su próximo paso. Los comandos del GSG-9 alemán

aprovecharon ese momento de distracción para subir a bordo por una escotilla trasera y los mataron a todos, menos a una de las chicas que resultó gravemente herida. No hubo bajas entre el pasaje ni entre los hombres del GSG-9.

Cuando la grabación de la Sonora Ponceña hubo terminado, llamé por el interno a la redacción del noticiario y me enteré del rescate de los rehenes. Carlos no estaba entre los terroristas. Había faltado a su cita con la causa palestina en Mogadiscio. En consecuencia, el microdocumental "Nuestro Carlos" quedaba en suspenso hasta la próxima ocurrencia terrorista y yo me relevé de mis deberes en la redacción por aquel día. Chapman propuso entonces ir los tres juntos por la botella de whisky que me había ganado.

Mientras descendíamos en fila india por las escaleras y rampas que llevaban al subsuelo del edificio, camino a su covacha junto a la filmoteca abandonada, pude al fin ofrecer tartajeadas excusas a Kiko por mi ofensiva incredulidad de hacía varias semanas —No cojas lucha con eso, chico. No te ocupes, no ha pasado nada —me dijo afablemente. Total, la gente *siempre* se equivoca con migo.

La conversación en el cuchitril de Chapman giró en torno a la música de salsa, claro. Kiko estuvo memorioso, discutiendo, esensualista, pero su insistencia en que la salsa neoyorquina era un remedo mezquino, una *summa* de impurezas, el fruto calculado de una industria que sólo buscaba sacar provecho oportunista del bloqueo gringo a Cuba; en fin, que la salsa era una remota imitación de un *estro* melódico y armónico que sólo un músico cubano, "y nunca un nuyorican sordo", puede sentir y cultivar, no lo llevó a ninguna parte porque Chapman supo siempre proponer desarmantes contra ejemplos musicales. Para mortificación de Kiko, Chapman tenía a la mano su colección de discos.

Pasamos el resto de la mañana en la guarida de Paco Chapman, escuchando comparativamente a Machito y sus AfroCubans, a Tito Puente y su banda, a Larry Harlow, al conjunto de Arsenio Rodríguez, al aorquestado "Chico" O'Farril, a Eddie Palmieri y su banda "La Perfecta" y otros grandes. Por rara coincidencia, ninguno de los tres podía escuchar música sino estando de pie, como mirones sin pareja que, en lugar de bailar, preferían escuchar la orquesta al borde de la tarima de un bailarero, con un trago en la mano. Sin dar su brazo a torcer, Kiko ladeaba la cabeza cuando escuchaba algo que, pese a sus convencimientos contra Nueva York, mereciese aprobación y encomio —un *guaje* de piano, un comentario del timbal, un *punch* de los metales, un alarde del sonero— y soltaba exclamaciones como "¡dale pa' allá!", "¡salpícame!" o "¡ají guaguao!".

Chapman y yo habíamos consumido ya más de un tercio de la botella, cuando Kiko, que no bebía licor, echó de menos su dosis personal de mandanga, pero Chapman se negó a permitirle fumarse el pitillo que llevaba, liado ya, en una costura del chaleco.

—Aunque no lo parezca —le dije—, este es un lugar de trabajo, negrito.

—Sintiéndolo mucho, pana añadí yo. Si por mí fuera...

Kiko se avino mansamente a aplazar para otro momento una buena jalada, pero adoptó un aire grave y circunspecto durante el resto de la sesión. Dejé de hablar, se tornó ausente, daba frecuentes vistazos al reloj. En cuanto pudo, se excusó y se fue. 🐾